

fijado: había venido «a traer fuego a la tierra» (Luc. 12, 49) y no pedía otra cosa sino que se encendiera. Quería que el pecho de cada hombre ardiera de amor por Él: Cristo lo obtuvo con sus gracias y sus dones.

Pero, hijos, tratemos de comprender las causas que movieron al Señor a instituir esta Cena: entre las muchas escogeremos cuatro que la Iglesia Romana ha encerrado en el himno de Santo Tomás de Aquino. Ante todo debía ser un sacrificio: es indicado en la frase «*Ha terminado la antigua Pascua*». En segundo lugar debía ser un memorial: esto está expresado en las palabras: «*Lo que Cristo ha realizado en la Cena, nos ha mandado hacerlo de nuevo*».

LA CONTINUACION NO ESTA CONSERVADA  
EN LOS MANUSCRITOS.

**EN OCASION DE LA ADMINISTRACION  
DE LA SANTISIMA EUCARISTIA  
AL SERENISIMO SEÑOR  
CARLO EMMANUELE  
DUQUE DE SABOYA  
GRAVEMENTE ENFERMO**

**Homilía pronunciada en Vercelli el lunes del  
I domingo después de la degollación  
5 de septiembre de 1583**

Serenísimo duque, viene a ti Jesucristo: en la eternidad es el Hijo de Dios, en el tiempo, nacido de la Virgen María. Viene a ti aquel rey del cielo y de la tierra que es tan rico en misericordia que quiere hacer más hermosa su llegada a ti con el don de sus maravillosos beneficios. Él te ha restituído como a una nueva vida: ayer habías llegado a las puertas de la muerte por la gravísima enfermedad de la que estabas afligido: Él la ha combatido y se aproxima a ti para añadir al don de la salud del cuerpo, las gracias y los dones espirituales para agregar nuevos signos de benevolencia a aquellos tan grandes ya concedidos. Sería sumamente justo y conveniente a tu nobleza de ánimo salir al encuentro de su sublime Majestad y ponerte de rodillas delante de ella. Sin embargo, como no has recuperado apenas todavía tu salud y no puedes moverte con tus pasos, es necesario que tú al menos salgas a su encuentro con el ánimo y el espíritu, y tu corazón viva en el agradecimiento más grande que le sea posible, encendido como

el rey y profeta David que afirma: «*Sólo en Dios descansa mi alma; de Él viene mi salvación*» (Sal. 62, 1). ¿No vas a deshacerte por completo en agradecimientos y bendiciones? Por eso «*bendice al Señor, alma mía, cuanto hay en mí bendiga su santo nombre*» (Sal. 103, 1). Alma mía, da gracias al Señor, alábalo; todos los sentimientos más profundos de mi corazón no terminen nunca de alabar su santo nombre. No basta, en efecto, alabarlo con la lengua y las palabras, sino que, como Él es espíritu y escudriña las almas, debe ser exaltado sobre todo con el pensamiento; no de una manera desapasionada, sino con todas las fuerzas, porque todo lo que posees lo debes a Él. Bendice al Señor, mi voluntad, mi memoria, mi inteligencia: bendicidlo todas mis capacidades, para que en el futuro podáis volver a meditar sus beneficios, amar su providencia, contemplar sus sagrados misterios; bendícelo por cada don de mi Señor, por cada consolación, por cada reproche, fatiga, enfermedad, gracia que Él se ha dignado a conceder; bendícelo por su magnanimidad por la que Él no se comporta como uno que devuelve lo estrictamente debido. Alma mía, en todas sus obras bendice al Señor porque es grande teniendo compasión, generoso en su amor, profundamente dulce, benévolo, suave, padre y benefactor amantísimo. Pero que no sólo mi interior bendiga al Señor; también las cosas exteriores, mis riquezas, mi estado, los amigos, las fuerzas físicas, la nobleza; todo lo que hay dentro, fuera y alrededor de mí bendiga a su autor y creador.

Nuevamente: «*Bendice al Señor, alma mía, no te olvides de todos sus beneficios*» (Sal. 103, 2); no permitas que se borren de tu memoria los numerosos gestos de su benevolencia; la perenne memoria de ellos y su justa valoración te muevan a alabar siempre a Dios. Para que bendigas siempre al Señor, «*no te olvides de todos sus beneficios*»: Él acepta tus pobres acciones (después de haberlas realizado recuerda que eres un siervo inútil) y por ellas te recompensará. ¿Cómo podría suceder que no reflexiones siempre sobre los beneficios que Él continuamente y

abundantemente realiza por ti, después de aquel primero de haberte creado? Escucha cuáles son sus dones.

«*Él perdona todas tus culpas*» (Sal. 103, 3). ¿Qué merece un pecador sino la condena y el fuego del infierno? Pero, mira: puesto que ha perdonado todos tus pecados, si bien variados y múltiples, concede a tu alma espacio y tiempo para arrepentirte, aunque hubiera podido hacerte perecer improvisadamente.

«*Cura todas tus enfermedades*» (Ibidem); en efecto, el alma, aun habiendo obtenido el perdón de los pecados, se queda todavía débil, insegura por la natural propensión al mal. Él la restablece de esta enfermedad, te ofrece su diestra, se apresura a ayudarte; quita las enfermedades del alma, es decir los pecados, y, si a veces para corregirnos y reprocharnos como a sus hijos predilectos, permite que nos enfermemos, sin embargo en su bondad, nos cura de todo mal.

«*Salva de la fosa tu vida*» (Sal. 103, 4). Él te ha liberado de la condenación eterna derramando su Sangre preciosa; te ha rescatado de la muerte del pecado cada vez que has vuelto a Él en la penitencia; ha arrancado de las fauces de la muerte tu mismo cuerpo, que ya había llegado a límite extremo.

Y, no contento de haber apartado de ti todo mal, «*te corona de gracia y de misericordia*» (Ibidem); Él te rodea, te ciñe, te protege por todas partes con su benevolencia; te concede obtener victoria sobre las tentaciones que se alzan a causa del demonio; Él te dará en el cielo una corona inmarcesible de gloria.

Además «*sacia de bienes tus días*» (Sal. 103, 5), sacia completamente tu voluntad, te concede abundantemente todo bien; todavía por su gracia podrás conseguir que se «*renueve como el águila tu juventud*» (Ibidem).

Que mi alma, pues, no deje nunca de alabar al Señor que no cesa nunca de conceder dones. Es don de Dios si de ser un pecador eres llamado a la justicia; don de Dios si eres sostenido para que no caigas; don de Dios que se te de fuerza de perseverar hasta el fin; será también don de

Dios la resurrección de tu cuerpo muerto, de manera que ni siquiera uno de los cabellos de tu cabeza se pierda; será don de Dios la glorificación después de la resurrección; y, finalmente será también don de Dios poderlo alabar continuamente en la eternidad. Él cura nuestra inclinación a pecar y robustece nuestra debilidad haciendo el bien. Él te colma de todo bien e incesantemente muestra su benevolencia por ti.

En este punto, serenísimo duque, veo tu alma llena de conmoción, postrada a los pies de Dios, rezando humildemente así: Poderosísimo rey del cielo y de la tierra, mi Señor y mi Dios, en cuyas manos está todo poder y el derecho de todos los reinos, que confieres el dominio y lo quitas según el beneplácito de tu voluntad, *«ante quien no hay preferencia de personas»* (Act. 10, 34), heme aquí, mísera criatura que tantas veces te he ofendido, me atrevo a acercarme a Ti. Reconozco que Tú has perdonado todas mis culpas, has sanado todas mis enfermedades, no has querido que fuera a la ruina mi vida, me has colmado de misericordia y benevolencia, me has protegido siempre con tu diestra y has saciado mi deseo con todo bien. Por el contrario yo, a menudo he violado tus preceptos, te he defraudado del honor que te corresponde, he hecho a menudo lo que te desagrada: reconozco claramente mi pecado y con ánimo suplicante y lleno de humildad admito que *«contra Ti solo he pecado»* (Sal. 51, 6) porque Tú solo eres el Señor y el *«Altísimo sobre toda la tierra»* (Sal. 83, 19); nosotros somos *«tu pueblo y grey de tu pastizal»* (Sal. 79, 13). Me esforzaré, de ahora en adelante, por agradarte siempre. Pero *«¿qué daré al Señor por todo lo que me ha dado?»* (Sal. 116, 12) *«¿Qué recompensa podré darte y qué cosa podrá compensarte de tus beneficios?»* (Tob. 12, 2) *«Aunque me diese a mi mismo a Ti, no sería digno de tu bondad»* (Tob. 9, 2). He oído lo que me pides: heme aquí, te ofrezco todo mi corazón; que sea todo tuyo, que no entre en él ninguna otra cosa sino lo que tú hayas puesto en él. Haz de mí, Señor, lo que Tú quieras: si consideras que debo sanar, sanaré; si enfermar, que

vengan sobre mí todos los males; si quieres prolongar mi vida, viviré; si has decretado que muera, la muerte me será grata. Alejo y desarraigo de mi corazón todo deseo de lo uno o lo otro, y me postro a tus pies. Te ruego una sola cosa, puesto que me has constituido como cabeza de un pueblo tan numeroso: dame *«la sabiduría asistente de tu trono; envíala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos, y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras, y me guardará en su esplendor; y mis obras te serán aceptas, y yo regiré tu pueblo con justicia»* (Sab. 9, 4,10-12). No me apartaré jamás de tu voluntad; caminaré sobre todo sobre el camino de tus mandamientos y a lo largo de él, guiaré a los pueblos sometidos a mí. Concedeme finalmente, saber que no debo vivir según mis gustos, sino que debo someterme a ti y adecuar mi voluntad a tu ley.

Serás grato a Dios, serenísimo duque; de esto no tengo duda porque sé que te comportarás así por aquella devoción y piedad que todos han podido admirar en ti. Serás semejante al gran Constantino que puso como bozal a su caballo un clavo de la Santa Cruz forjado a tal fin; serás grato a tu pueblo, como, por otra parte, ya lo eres ahora. Como no has pedido ni oro ni plata, sino sólo la sabiduría, el Señor te concederá también todas las demás cosas: tus pueblos bajo tu reinado vivirán en la felicidad. Veremos en ti *«a un rey que reinará según la justicia»* (Is. 32, 1); *«te propondrás siempre cosas nobles»*. (Is. 32, 8), tendrás siempre autoridad sobre tus magistrados controlando diligentemente que no hagan mal a nadie. Serás un puerto seguro para los huérfanos y las viudas, para los afligidos y los pobres: refugiándose en él huirán de los vientos y las tempestades. Para los sedientos serás como un arroyo de agua; para quien está extenuado por el sol abrasador, como la sombra deseada en el desierto.

Si tu reino es conducido por estos principios, reinarás también en el cielo. Amén.

**SABADO DEL II DOMINGO  
DESPUES DE LA DEGOLLACION  
COMENTANDO EL CAPITULO VIII  
DEL EVANGELIO SEGUN LUCAS**

**Homilía pronunciada en la iglesia de Paderno,  
de la diócesis de Milán  
17 de septiembre de 1583**

Entre los muchos frutos que la santa madre Iglesia proclama que recibe con la visita de sus pastores, podemos señalar también la consolación espiritual que se derrama en las almas; del mismo modo que las ovejas muestran satisfacción al ver a sus pastores ausentes durante mucho tiempo. Este es el significado de aquella oración con la que son acogidos en su visita y que ahora nosotros dirigimos a Dios: «Oh Dios, Tú visitas a los humildes y los consuelas con tu paternal benevolencia». Esto es realizado por el Señor, por una razón específica, en la lectura del Evangelio de hoy; con un extraordinario milagro, Él muestra cuánto cuidado tiene de nosotros, liberando a los discípulos del grave peligro del que estaban amenazados, aunque finge no darse cuenta, y llevándonos a todos nosotros a la firme esperanza de que estar siempre pronto a correr en nuestra ayuda cuando estemos en necesidades. No nos dedicaremos, hijos, a enumerar todo lo que se deriva de la malvada raíz de la desconfianza; estamos seguros de que ninguno ignora qué seguro escudo es, contra las tentaciones del demonio, el confiar en la protección divina. La experiencia, sin embargo, nos enseña

dos cosas extremadamente útiles en toda vida cristiana: evitar muchos pecados; iniciar y perfeccionar las obras luminosas de la fe. Por eso, en fidelidad al Evangelio de hoy y asistidos del Espíritu Santo, explicaremos lo que es necesario saber en cada una de estas dos cosas y lo que claramente conduce a la salvación de vuestras almas.

En los Salmos el profeta David exhorta a todos a alabar la misericordia de Dios y su inmensa bondad; de modo particular invita a esto al pueblo hebreo a quien el Señor había liberado de tan grandes desastres que les había enviado a causa de los pecados cometidos. David lo repite muchas veces; y desde el momento que la benevolencia de Dios no cesa jamás, así no debe cesar nunca su proclamación. En el salmo 107 son indicados cuatro grandes peligros de los que fueron liberados por gracia de Dios: el vagar en el desierto, la esclavitud, las enfermedades y la salvación de las aguas del mar. Explicando este último hecho, dice: *«Den gracias al Señor por su misericordia y por los prodigios en favor de los hombres. Ofrezcanle sacrificios de alabanza, narren con júbilo sus obras»*. (Sal. 107, 21-22). Quería enseñar que la misericordia del Señor debía ser proclamada por ellos, para rendirle honor; sus obras maravillosas debían ser anunciadas a los hombres; y se debía ofrecer el sacrificio de alabanza; es decir que se proclamara la alabanza del Señor, sacrificio aceptable a Él, en agradecimiento; que se exteriorizase con signos de gratitud del ánimo y se recordaran abiertamente y con gozo ante los demás sus obras. Añade sin embargo quién está obligado a hacer todo esto de un modo particular: *«Aquellos que surcan el mar en las naves y hacen negocio en las inmensas aguas, vieron las obras del Señor y sus prodigios en el mar profundo»* (Ibidem, 23-24). ¡Maravillosa excelencia de la profecía, que pone ante nuestros ojos, las cosas que todavía no se han realizado y se realizarán después de tantos años, como si estuvieran presentes y ya cumplidas! ¿Quién podría pensar que David no está explicando el Evangelio de hoy? ¿Quién consideraría que él no estuviera presente en aquel

milagro para narrarlo personalmente? Escuchad brevemente el relato y os daréis cuenta de la correspondencia entre la profecía de David y el Evangelio.

«*Un día Jesús subió a la barca con sus discípulos y dijo: vayamos a la otra orilla del lago...*» (Luc. 8, 22 ss.). Los discípulos, que lo seguían, subieron inmediatamente a la barca; pero cuando estuvo en medio del lago, el Señor se durmió. Una tempestad de viento se abatió sobre el lago y estaban en peligro. «*Acercándose a Él, lo despertaron diciendo: ¡Maestro, estamos perdidos!*» Como si se hundieran en el lago: se consideraban ya muertos. Pero considerad cómo «*vieron las obras del Señor, sus prodigios en el mar profundo*» (cfr. Sal. 107, 23-24). En efecto el Señor se levantó inmediatamente, amenazó al viento y a la tempestad, y, como dice el otro evangelista (cfr. Marc. 4, 39), «*gritó al viento y dijo al mar: ¡Cállate, cálmate! El viento cesó y hubo una gran bonanza*». ¿Qué puede haber más claro que las palabras de David: «*Redujo la tempestad a la calma, y las olas se calmaron*» (Sal. 107, 29)? ¡Nada hay más maravilloso! En ambos pasajes ha hablado el mismo espíritu del Señor que no se contradice nunca.

A quien se pone a meditar sobre este milagro del Evangelio, se le propone enseguida una reflexión digna de consideración: ¿por qué motivo tú, mi Señor, que eres la paz perfecta y el origen verdadero de la quietud, has permitido que surgiese esta tempestad que poco después tenías en mente apaciguar?

No hay que extrañarse tampoco de que no la hayas aplacado desde su origen, y hayas aplazado la liberación de tus discípulos, hasta dejarlos en peligro de muerte, cuando ya habías decidido salvarlos.

Finalmente, es maravilloso qué fácilmente el viento y el mar han obedecido a una sola palabra tuya y has resuelto todo.

Vosotros que me escucháis, no creáis que el Señor ha actuado así por casualidad o en vano; incluso si dormía, no ignoraba lo que sucedía en torno a Él, Él que en el

sueño incluso, tiene un corazón que vigila siempre (Cfr. Cant. 5, 2).

Así pues aunque sean ocultos e inexcusables los pensamientos de Dios, el Señor no se enfadará si buscamos las causas, para poder acrecentar nuestra fe y nuestra práctica religiosa. Mis palabras sean contigo, bondadosísimo Jesús; permite, te ruego, que te preguntemos sobre todas aquellas cosas que no conocemos, por nuestras mentes en tiniebla. Si habías decidido resucitar a Lázaro, ¿por qué no has hecho de modo que no muriera? Tú que habrías devuelto la vista al ciego desde su nacimiento, ¿por qué has permitido que naciera así? ¿Por qué has querido que hoy se desencadenara una tempestad y que el mar se agitara, con gran peligro de la vida de los discípulos que estaban contigo, cuando el mar obedece a tus órdenes, ya que tú lo has creado? Si ha obedecido a tu voz, cuando estaba agitado, ¿no podía permanecer en calma por tu mandato? Ciertamente podías hacer así y no se me oculta tu omnipotencia por la cual puedes hacer lo que crees. Pero, ¿por qué no has querido?

No he querido para que los hombres me reconocieran como Dios y los inseguros, los enfermos, que tienen necesidad de mi ayuda, me siguieran. No he querido para que se diese el honor y la gloria debida a mi nombre, y éste fuese el principio de salvación para los hombres.

Queridísimos, los hombres han visto muchos signos que indicaban el poder de Dios, han tenido conocimiento de numerosos milagros: sin embargo todavía ahora la mayor parte parece ignorar a Dios, totalmente se olvida de Él. ¿Qué sucedería si no les sucediese nunca nada molesto, si todo sucediera según sus deseos, si fueran capaces de llevar a cabo todas las esperanzas que nacen en ellos, si ninguna tempestad se abatiera sobre ellos? Estoy seguro que declararían la guerra a Dios, como hicieron los gigantes; fuera de si mismos, no darían el título de Dios a ningún otro. Comportándose de tal modo, no producirían ciertamente ningún mal a Dios que es feliz por si mismo; pero se precipitarían en la muerte eterna con sus propias manos.

¿Qué ha establecido pues Dios que tanto nos ama? «Pondré un legislador a su cabeza para que sepan los pueblos que son mortales» (Sal. 9, 21). En verdad «sois todos hijos del Altísimo. Sin embargo moriréis como todo hombre» (Sal. 82, 6-7). Enviaré tempestades; permitiré que estén sometidos a mil peligros y enfermedades: comprenderán que sin mí no pueden ni siquiera estar de pie, y sin mi ayuda están expuestos a todos los peligros para su alma y su cuerpo. ¡Oh infinita bondad de Dios! ¡Inmensa caridad que derrama sobre nosotros numerosos dones; concediendo beneficios y no permitiendo que seamos hundidos en el mal! Alguno podrá considerar que el conocimiento de Dios y de sí es cosa de poca importancia, pero yo lo considero un bien tan elevado que no podría esperar nada más grande de Dios: todo progreso nuestro, y el único camino que prepara la felicidad, reside aquí. También S. Agustín había descubierto la grandeza de este don, y cada día rezaba: Señor, que yo te conozca y me conozca. En las adversidades estas cosas cobran relieve: lo podéis ver en los Apóstoles. En primer lugar reconocen y admiten su debilidad, afirmando: «*¡Sálvanos, Señor, estamos perdidos!*» (Mt. 8, 25). Inmediatamente después anuncian la grandeza de Dios, admiran su potencia: «*¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?*» (Mt. 8, 27). Estas son las cosas maravillosas que, según la promesa de David, verían aquellos que navegan en el mar, en medio de las calamidades y las dificultades, como antes habéis oído. La majestad divina no aparece nunca tan clara como cuando la fragilidad humana está en peligro; sucede que estas dos condiciones, tan opuestas entre sí, se iluminan recíprocamente. Por eso se desencadenó la tempestad, Lázaro murió y el ciego nació así. A veces estamos sumergidos en un mar de tribulaciones; pero también ahí podemos ver las maravillas de Dios y rendirle la gloria que Él espera; experimentamos la debilidad de nuestras fuerzas, pero todo esto se vuelve hacia nuestra salvación. Dios no tiene necesidad de nada de nosotros, y no se acrecienta en su honor por nuestras acciones de

rendirle gloria; igual que, si blasfemamos, no se le sustrae nada. Todo esto sin embargo revierte para nosotros en utilidad o daño. Se trata de esto, queridísimos: cuando nos envía adversidades, no las hace desaparecer de repente, sino que permite que duren por largo tiempo para que le recemos insistentemente. Quizá os extrañaréis, pero es muy cierto lo que os digo: el Señor se complace en vuestra insistencia más que en cualquier otra cosa. Permite que haya contrariedades para que, pidiéndole de modo oportuno, podamos ser liberados de ellas; a veces es lento en hacerlas cesar, para que perseveremos insistentemente en la oración: así crecen nuestros méritos y su bondad hacia nosotros se muestra aún más grande, ya sea cuando nos lo concede, ya sea cuando nos aflige con alguna desgracia, ya sea cuando es lento en quitárnosla: todo lo que dispone para nosotros se revela siempre en nuestro favor. La mujer cananea suplicaba por lo que deseaba; de Cristo había recibido una clara negativa, dada con palabras duras, porque de algún modo la había comparado a los perros. Ella sin embargo no dejó de gritar, de allanar las dificultades, de resistir, diciendo en su interior con extrema firmeza: «No te dejaré, si no me has bendecido» (Jn. 32, 27). Admirad la fuerza de su insistencia: obtuvo lo que pedía, fue alabada por el Señor y oyó que le decía: «¡Mujer, en verdad grande es tu fe!» (Mt. 15, 28).

Habéis ya entendido, creo, por qué razón el Señor es lento liberándonos de los males que nos amenazan. Veo ahora a muchos deseosos de saber (si es posible) y comprender al menos en parte hasta cuándo Dios pretende diferir y aplazar el don de su gracia. También aquí hay un misterio: Dios en efecto «*ha dispuesto todo con medida, cálculo y peso*» (Sab. 11, 20). Os explicaré brevemente la causa de todo esto. Escuchad: cuando se pierde la esperanza de un rápido auxilio humano, la misericordia divina está siempre presta; así los hombres comprenden que no se debe nunca desesperar de Dios. Cristo no ha esperado sólo a que Lázaro estuviese muerto, sino que estuviese ya cuatro días en el sepulcro, de modo que fuera mani-

fiesto que había sido llamado para resucitar su vida; hasta el punto que, cuando preguntó cuál era el lugar de la sepultura, y ordenó quitar la piedra, los presentes, juzgando el gesto inútil, le responden: «*Señor, ya huele mal, porque hace cuatro días*» (Jn. 11, 39). Cristo podía conceder mucho antes lo que después operó: liberar de su enfermedad a la mujer que tenía flujo de sangre; sin embargo permitió antes que ella gastara su dinero en los médicos. También hoy ha permitido que los discípulos perdieran toda esperanza de salvarse de modo que, presos del pánico, se vieran obligados a gritar a Cristo a quien veían adormecido: «*Maestro, ¿no te importa que muramos?*» (Marc. 4, 38). Así pues, donde el hombre había caído en la desesperación, allí Dios le ha llevado la salvación; donde los recursos humanos se habían perdido, allí aparecieron los de Dios. Recordad, además, que no sació a la multitud ni al primer ni al segundo día, sino sólo al tercero, cuando ya se podía temer que perdieran el sentido; Él mismo había afirmado: «*Siento compasión de esta multitud... Si las envío de vuelta en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino*» (Marc. 8, 2-3). Después de este ayuno de tres días y además en el desierto (lugar que obligaba a decir: «*¿Y cómo se podría saciarlos de pan, aquí en el desierto?*» (Marc. 8, 4), sació a la multitud con siete panes y unos pocos peces solamente y los discípulos recogieron muchos cestos de trozos de pan sobrante. quede confundida la sabiduría y la seguridad humanas y reconozcan los estrechos límites de su poder, cuando poco pueden hacer, cuando están condenadas a la inercia si se quedan solas. Pero tratad ahora de comprender todo esto analizando también los medios que Dios usa para hacer aquello de lo que desesperamos de obtener.

Dios obtiene lo que quiere usando medios que a tu juicio son inadecuados y realmente contrarios a la prudencia humana. ¿Quién no sabe que el fango puede hacer mal a los ojos? Sin embargo con el fango abrió los ojos al ciego. ¿Qué hay más insignificante que tocar el borde de un vestido? Sin embargo la mujer que sufría flujo fue cu-

rada con el simple tocarlo. ¡Admirad qué fácilmente liberó a sus discípulos del miedo y del peligro! Dijo al mar: «*¡Cállate, cálmate! E inmediatamente hubo bonanza*» (Marc. 4, 39). ¡Admirable fuerza y eficacia de la voz de Dios! La experimentó aquel feliz centurión que le reconocía este poder y afirmaba: «*Señor, manda con una palabra y mi siervo será curado*» (Luc. 7, 7). Esta voz ha dado estabilidad al cielo y a la tierra, al sol, a las estrellas; ha creado de la nada los ángeles, los hombres y todas las cosas; esta voz manda a todas las criaturas y de inmediato obedecen; «*rompe los cedros del Libano y se tronchan*» (Sal. 29, 5). Pero ¿por qué estoy contemplando el milagro ya pasado de la tempestad calmada? Veamos cómo en el día de hoy esta voz realiza cosas maravillosas ante nuestros ojos: a las palabras de Cristo, pronunciadas por el sacerdote, Dios desciende del cielo en las manos del sacerdote y cada día el pan se convierte Carne y Cuerpo de Cristo. Dios manda que el agua bendita según el rito de la Iglesia, haga desaparecer las enfermedades, ahuyente al demonio, y no se estanca el aire pestilencial y nocivo donde ha sido echada. Todo esto no sucede por la fuerza intrínseca del agua, sino por mandato de Dios.

¿Véis estas campanas de bronce, colocadas aquí, en medio de la iglesia, por qué han sido bendecidas? Es metal inerte, ineficaz para realizar nada: hacedlo sonar cada vez que consideréis oportuno, pero solamente sonar en vuestros oídos y no producir ningún efecto. Sin embargo una vez que ha sido ungido y consagrado por mí y por las oraciones de la iglesia, ¡cuánta fuerza recibe para arrojar las injusticias del maligno, para alejar el fragor de los truenos, los vientos tempestuosos, el ímpetu de la tormenta y toda calamidad! Todas estas cosas se realizan por orden de Dios. ¡Que el cielo se cubra de nubes, retumben los truenos, relampagueen los rojos rayos de los relámpagos, amenacen incluso la destrucción de las ciudades y de los campos! Al toque de este metal Dios gritará al viento: «*¡Cállate, cálmate!*»; retornará de nuevo la serenidad del cielo y podréis recoger de nuevo con abundancia vuestras

deseadas mieses. ¡Bendita, magnífica, omnipotente voz!

Pero «*saquemos las entrañas de este pez*» (Tob. 6, 5), queridísimos: ahondemos en profundidad en los resquicios más escondidos de este Evangelio; avancemos más allá y no nos contentemos solamente con poner pie en la envoltura exterior de la letra. Creedme, hallaremos medicinas excelentes para nuestros males. La santa madre Iglesia, pueblo universal de todos los fieles de Cristo, es la pequeña nave en la que están tanto aquellos que demuestran su fe con las buenas obras, como aquellos cuya fe está muerta. ¿Quién puede nombrar los múltiples oleajes por los que es agitada? ¿Quién puede contar las tempestades que sobre ella se abaten? Que las cuenten la Germania, Flandes o Inglaterra; o también los pueblos limítrofes con nosotros: los franceses, los suizos, los habitantes de la Retia y tantos otros: allí esta barquilla parece casi hundida en la profundidad. ¿Qué son estas herejías, sectas, impiedades, este comportamiento corrupto en el seno de la fe, estos cristianos sólo de nombre, sino tempestades, oleadas y escollos? Y ¿cómo ha sucedido todo esto? Aquí debería llorar en vez de hablar. Los hombres estaban embotados por el sueño, sumergidos en el maligno embrutecimiento de los pecados: se habían debilitado en sus comodidades. ¡Si al menos se hubieran despertado muchos de aquellos que estaban al timón sobre la popa de la nave! Yo mismo admito que por mi torpeza, mi negligencia, el barquillo de esta Diócesis mía se tambalea no poco, agitada por tempestades de todo tipo de corrupción y de pecados. Esta es la clara enseñanza que nos viene de Cristo adormecido en la barca. Él es como la piedra de comparación que pone en evidencia el oro verdadero frente al oro falso; Él, nunca manchado por ninguna culpa, jamás contaminado de engaño, nos ha propuesto un clarísimo ejemplo de toda virtud, y ha mostrado, a través de la figura de los acontecimientos que sucedían, lo que en el futuro deberíamos evitar. Jesús, con la cabeza apoyada, dormía en la popa de la barca; no tenía culpa, porque, aunque dormido, vigilaba, y por su voluntad la

tempestad se desencadenó; de ello aprendemos que, si dormimos en el sueño de la culpa y buscamos demasiado presurosamente las comodidades para nuestro cuerpo, en nosotros todo queda perturbado. Tenemos necesidad de mucha misericordia de parte vuestra, porque el primero de los Apóstoles a todos nos ha ordenado: «*Estad atentos, vigilad*» (1 Pe. 5, 8), pero esto se nos pide a nosotros de modo más estricto: nuestro sueño daña no sólo a nosotros, sino al entero pueblo de los creyentes. Vosotros dormís con los ojos serenos: nosotros hemos sido constituídos como vuestros vigilantes y observadores. Si viniera el enemigo y os hiciera esclavos durante el sueño, porque nosotros dormíamos, o hemos estado en silencio y no os hemos advertido, el Señor pedirá cuentas a nuestras manos de vuestras almas (cfr. Ez. 33, 6). Sed pues diligentes pidiendo por nosotros, obedeciendo a nuestras enseñanzas, para que podamos con alegría y serenidad dar cuenta de vosotros a Dios. Y lo que os he dicho, sea dicho de cada uno de los sacerdotes, en particular de aquellos que han sido llamados a formar parte de nuestro cuidado pastoral.

Finalmente, queridísimos que me escucháis, el alma de cada uno de nosotros es como una pequeña nave. «*El mar espacioso y extenso*» es nuestra vida presente. «*Allí se mueven sin número animales pequeños y grandes*» (Sal. 104, 25): en él están los cetáceos, los peces, serpientes marinas, y monstruos siempre dispuestos a engullirnos. ¡Desgraciados de nosotros que a menudo no pensamos en ello! En esta nave Cristo encuentra lugar en nuestros pensamientos, pero, ¡ay! ¡qué frecuentemente Cristo se ha adormecido en nosotros; y no porque no vele, sino porque no lo mostramos activo en nosotros! Duerme nuestra inteligencia cuando permitimos que se pliegue a los placeres y dulzuras de la vida; por eso surgen continuamente tempestades espantosas, chocamos contra los escollos, somos zarandeados por las olas y en este mar encontramos peligros por todas partes. Las tentaciones tratan de hacernos chocar contra los escollos. Estamos siem-

pre expuestos al grave peligro de ser hundidos. ¿A quién podemos recurrir en este mar? ¿Qué debemos hacer, por medio de quién lograremos navegar?

Aprendamos de los Apóstoles lo que debemos hacer. Tres cosas los han desatado de un peligro tan grave: la presencia del Maestro, Cristo; su humilde y frecuente oración; una sólida fe sin temor, después que el Señor los reprendió diciéndoles: «¿Por qué tenéis temor, hombres de poca fe?» (Marc. 4, 40). Tratad de procuraros estas tres cosas, para que vuestra nave pueda arribar incólume al puerto del reino de los cielos.

Como primera cosa, pues, que Cristo sea siempre con nosotros; así no pereceremos jamás. Y ¿cómo no va a estar con nosotros, a menos de que lo echemos con los pecados y nos hagamos indignos de su Gracia? Será extraordinariamente útil también que nosotros nos unamos a Él más estrechamente, recibiendo más frecuentemente la santísima Eucaristía. ¡A ésta, a ésta la temen las tempestades! A su presencia se desvanecen los rayos y los demonios no pueden resistir; todas las tentaciones se derriten como la cera al sol. La Eucaristía aporta sus beneficios no sólo en el campo espiritual, sino también en el material. ¿Quién ha llevado incólume al puerto, después del naufragio, a S. Sátiro, hombre santo, hermano de nuestro Patriarca Ambrosio, sino la Eucaristía que él llevaba colgada del cuello? Este es el santo de quien hoy conmemoramos el día de la deposición: debemos siempre alabarlo, como nuestro intercesor en el cielo, hombre dotado de rasgos humanos y dulces; lo teman sólo los demonios y las fuerzas enemigas. Si, como es cierto, los padres y los hijos tienen en común al menos en parte nobleza y gloria, ¡cuánto honor obtuvo S. Sátiro de ser el hermano de S. Ambrosio, semejante a él en todo en el modo de vivir de manera que proporcionó a toda la familia un honor verdaderamente grande! Él declaró que consideraba a Ambrosio como a su padre y lloró por largo tiempo su muerte.

Este santo se dirigía a Africa cuando la nave naufragó

por la violencia de la tempestad. Él tenía una fe sólida y sabía que el Señor había reprendido al mar, reduciéndolo al silencio, había cambiado la tempestad desencadenada por una tranquila bonanza; por ello, llevando al cuello, el Cuerpo y la Sangre de Cristo envueltos en un pañuelo, sin temor se arrojó al mar y su confianza no lo defraudó. Otros se quedan maravillados, y no sin razón, de la fe de Pedro: él, viendo a Cristo con los ojos del cuerpo, se arrojó al mar para alcanzarlo. Pero yo me asombro más de la fe de Sátiro que con los ojos del cuerpo no veía más que las especies del pan y, sin embargo, lleno de confianza, se expuso a un peligro de muerte tan grande. Esta es la primera cosa que debemos aprender, hijos; con su ejemplo y con otros muchos Él os ha enseñado que la frecuencia de este Santísimo Sacramento es en todos los aspectos muy útil: todo se os promete por medio de él: sois liberados de todo peligro del alma y del cuerpo. Sólo recibidlo con fe sólida *«y el amor perfecto echar todo temor»* (1 Jn. 4, 18).

La segunda cosa que se os pide, os la obtendrá el sacramento de la Confirmación que administraremos a aquellos de vosotros que no la hayan recibido aún: su prerrogativa es alejar el temor, el miedo; fortalecer al hombre, acrecentarle las fuerzas no sólo para creer lo que la Fe católica enseña, sino también para testimoniarla ante todos en plena libertad.

En tercer lugar, el Señor quiere que nosotros oremos con toda nuestra fuerza. Pero ¿por qué os exhorto a la oración? ¿No es quizá superfluo todo lo que podría intentar deciros para convenceros? Os exhorten a la oración los peligros que nos amenazan; os mueva este *«mar grande»* por el que navegáis; las continuas tempestades, los escollos insidiosos, las tormentas que se abaten. ¿No es acaso cierto que lo véis con vuestros ojos? ¿No es claro para vosotros qué próximos estáis a la muerte, a las fauces del feroz dragón? Por eso, acudamos rápidamente al Señor junto con los Apóstoles. ¡No duerme, hijos, no duerme! ¿Sabéis por qué os parece dormido? Porque somos noso-

tros los que dormimos. Él está en vela, está sentado a la diestra del Padre para prestar ayuda a quien lo invoca. Digamos por eso con confianza y en voz alta: «*¡Despierta! ¿Por qué estás dormido, Señor? ¡Desperézate! ¡No nos abandones para siempre! ¿Por qué escondes tu rostro, olvidándote de nuestra miseria y opresión?*» (Sal. 44, 24-25). «*Maestro, ¿no te importa que muramos?*» (Marc. 4, 38), que nos convirtamos en esclavos del demonio nosotros que somos tu pueblo, que sea inútil tu Sangre preciosa derramada por nosotros? Se trata de tu honor, de la gloria de tu nombre, Cristo; los enemigos invaden tu heredad, la usurpan para ellos mismos. ¿Por qué vas a dejar a otros el honor de tu nombre (cfr. Bar. 4, 3) o vas a permitir que digan: «*¿Dónde está su Dios?*» (Sal. 79, 10). Sálvanos, Señor, porque toda nuestra salvación está en Ti; fuera de Ti ninguno puede salvarse. De nosotros viene nuestra perdición: de Ti la salvación. Si no nos ayudas continuamente, morimos, nos precipitamos a la ruina, nos abatimos al infierno, nos convertimos en presa de Satanás. Da orden al mar y al viento para que se calmen; manda al demonio que se calle; y en los casos en que permitas que seamos puestos a prueba, danos fuerza y resistencia en virtud de las cuales no cedamos a las sugestiones del mal y no caigamos en el pecado. Llegaremos así incólumes al puerto. Amén.

**A LOS CANONIGOS DEL TEMPLO  
MAYOR Y DE LAS IGLESIAS  
COLEGIADAS DE MILAN**

**Homilía pronunciada en la capilla privada  
del arzobispo  
2 de enero de 1584**

Queridísimos hermanos, el comienzo de este nuevo año suele servir de estímulo y de incitación para los hombres de toda condición a comenzar una vida nueva, a proponerse nuevos comportamientos, a pensar en hacer cosas nuevas. Así pues, si la novedad, entre éstos, tiene una fuerza tan grande, ¿cuánto más, con mayor razón, deberá tenerla entre los sacerdotes y aquellos que pertenecen al estado clerical? Sobre todo para aquellos que sobresalen entre el clero y que son para los demás, como en vuestro caso, ejemplos luminosos para las Iglesias de esta ciudad y de esta Diócesis.

¿Hay que dudar que, para las personas como vosotros que están meditando y afrontando las novedades, es primero necesario ver cuáles son las antiguas realidades? En efecto, si hasta ahora habéis llevado una vida plenamente conforme con la ley de Dios y vuestra condición, sería superfluo hablar de novedades, sino en el sentido de cómo aumentar las actitudes de piedad, la búsqueda y el fervor de la devoción. Sin embargo si hasta ahora habéis tenido un comportamiento no conveniente con vuestra vocación, será extremadamente útil para vosotros y para nosotros pedir a cada uno una valoración del año pasado y hacer un serio examen para ver quién de nosotros ha caminado dignamente en la presencia del Señor.

Jeremías invitaba a cada uno de nosotros a hacer así: «*Ponte hitos, alza jalones, pon toda atención en la calzada, el camino que antes recorriste. Vuelve, virgen de Israel, retorna a estas tus ciudades*» (Jer. 31, 21). Es decir: piensa en los años de tu existencia, pon ante tus ojos tu comportamiento pasado: mira diligentemente como desde un observatorio el año que ha pasado. Mira y sopesa las culpas y las manchas de tu negligencia. Quienquiera que se sitúe en este punto de observación y someta a examen de manera seria y profunda sus errores, sin duda hallará amarguras, encontrará motivo de llanto y se verá obligado a volver a examinar con ánimo entristecido los años de su vida.

Pero siento ya a muchos sacerdotes responderme calladamente: por gracia de Dios el clero ya está reformado. Ya no se encuentran en él los abusos que había anteriormente; ya no hay los escándalos de antaño; no se encuentran ya los pecados y la corrupción que antes eran comunes. ¡Verdaderamente, cuántas cosas han cambiado de lo que antes había! Se han celebrado muchos concilios provinciales, hemos tenido tantos sínodos diócesanos. Hemos puesto remedio a tantos malos comportamientos de forma que parecería que no hay nada que reformar. Ha cambiado la condición del clero, hermanos: la vida de los sacerdotes se ha reformado, se han quitado de en medio tantos abusos y escándalos. ¡Demos infinitamente las gracias a Dios, autor de toda obra buena! Pero, creedme, hay todavía ocasiones de amargura; muchas cosas pueden ser mejoradas, hay todavía algo por lo que llorar. Esto es cuanto querría que meditásemos y viéramos claramente todos cuantos nos hemos encontrado aquí, hoy por este motivo. Veremos muchas cosas que pueden ser fuente de sufrimiento para nosotros: las corregiremos y yo mismo, junto a vosotros, aumentaré mi empeño por iniciar este nuevo año, habiendo renovado el propósito de dar inicio a una vida mejor.

Como habéis oído el estado del clero es tal que al mismo tiempo nos proporciona una doble ocasión: de dar

gracias por las mejoras que se han verificado; y de entris-tecernos por los errores cometidos. Esta mañana medita-ba con qué situación se podría comparar el estado actual de los sacerdotes; me ha venido a la mente la condición del pueblo de Israel, amado por Dios; me ha parecido una clara y ejemplar imagen de esta situación. *El pueblo, liberado que partió de Jaserot y acampó en el desierto de Farán. El Señor dijo a Moisés: Manda hombres a explorar el país de Canán que voy a dar a los Israelitas. Moisés pues los mandó a explorar el país de Canán. Después de cuarenta días volvieron de la exploración y fueron a encontrar a Moisés y a Arón y toda la comunidad de los Israelitas, en el desierto de Farán, en Cades; refirieron todo a ellos y a toda la asamblea y mostraron los frutos del país. Contaron: Hemos llegado a la tierra donde nos mandásteis y en verdad mana leche y miel; ved sus frutos; pero la gente que la habita es fuerte, y sus ciudades son muy grandes y están amuralladas y hemos visto también allí a los hijos de Enac. Caleb, imponiendo silencio al pueblo que murmuraba contra Moisés dijo: Vayamos rápido, y conquistemos el país, porque en verdad podemos conseguirlo. Pero los que habían subido con él dijeron: No seremos capaces de ir contra este pueblo porque es más fuerte que nosotros. Y desacreditaban entre los Israelitas la tierra que habían explorado, diciendo: El país que hemos atravesado para explorarlo es un país que devora a sus habitantes; toda la gente que hemos visto es de gran estatura; hemos visto a los gigantes, hijos de Enac, de la raza de los gigantes, frente a los cuales nos parecía que eramos langostas. Entonces toda la muchedumbre rompió a gritar, y el pueblo se pasó toda la noche llorando. Todos los Israelitas murmuraron contra Moisés y contra Arón (Num. 12, 16-13, 2a.17.25-28.30-33.14, 1-2).*

Habéis oído el relato. ¿Por qué motivo nosotros no deberíamos mirarnos en él? El pueblo había salido de Egipto; había establecido sus tiendas en Jaserot; estaba en camino hacia la patria prometida; y, sin embargo estaba

dividido, perdía el ánimo, lloraba, desacreditaba la tierra prometida, temía, murmuraba. Los sacerdotes de nuestro tiempo son así. Han salido de Egipto, liberados de una dura esclavitud, porque entre nosotros ya no se cometen los pecados más graves y enormes. Están en Jaserot, que significa «entrada», porque están próximos a llegar a las cimas de la virtud, si lo quieren: están en el umbral de la tierra prometida, es decir de la perfección eclesiástica; pueden acercarse a la cima de la piedad y de la religiosidad que es la verdadera tierra donde mana leche y miel: en efecto no es posible encontrar verdadera consolación y plenitud de toda gracia sino en aquellos hombres que profundamente la buscan. Y sin embargo, ¡ay! ¡cuando sienten los decretos de los sínodos, cuando se les proponen las cosas que les afectan, pierden el ánimo, se dividen, se lamentan, se turban. Afirman que es tan difícil permanecer siempre en las Iglesias, confesar tan prolongadamente en el coro, recitar el oficio divino tan largo, no poderse nunca divertir. ¡Qué cansancio tan largo y prolongado: como gigantes! ¿Cómo podremos entrar en esta ciudad? ¿Cómo vencer estos monstruos, frente a los cuales somos como hormigas? Todo es pesado para ellos y los pequeños trabajos parecen difícilísimos. Por eso algunos desprecian la tierra de la Promesa, desapruaban las constituciones y los decretos, la regla de vida que les ha sido propuesta; probablemente muchos también murmuraran contra Moisés y Arón, es decir contra sus superiores. ¡Cuánto desagrada al Señor esta mezquindad de ánimo! El Señor había decidido exterminarlos con una dura peste y con la muerte; pero, en cierto sentido, vencido por las oraciones de Moisés, como castigo quiso que en la tierra prometida no entrase ninguno de aquellos que habían hablado mal y murmurado. ¿Y quién sabe si esta desmedida tibieza en las cosas sagradas que anida en el clero no es la pena de esta mezquindad de ánimo, de este murmurar? Son tantas, en efecto, las promesas hechas por amor de Dios; muchos los buenos propósitos. Pero ¿qué progresos en el camino del Señor se pueden notar, cuántos de estos

piadosos deseos ven la luz, qué separación y alejamiento de las atenciones y de las ansias por las realidades terrenas? Creo que al clero se le debe reprochar sobre todo esto: hay demasiadas controversias, demasiadas causas judiciales civiles, los tribunales son demasiado frecuentados, demasiado contencioso de hombres eclesiásticos frente a jueces extraños. ¿Qué es todo esto, sino indicio de una inmensa tibieza frente al Señor? ¡La tibieza espiritual es en verdad una grave y temible enfermedad que reside en las personas consagradas a Dios! El Espíritu dice al Obispo de la Iglesia de Sardes: «*Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto*» (Ap. 3, 1). ¡Cuántos parecen vivos a los ojos de los demás, mientras que están próximos a morir. Exteriormente han modificado un poco su vida; pero interiormente están fríos, tibios, muertos.

Grande es la batalla que el Espíritu Santo entabla contra aquellos que son tibios: los odia y los detesta radicalmente. Al Obispo de la Iglesia de Laodicea Dios dice: «*Conozco tus obras; tú eres tibio, no eres ni frío ni caliente, voy a vomitarte fuera de mi boca*» (Ap. 3, 15-16). No es que quien es frío (y por ello se entiende pecador) sea mejor que quien permanece en la tibieza; pero ciertamente está más disponible para recibir el calor y la salvación; en cambio quien es tibio, no reconociendo su enfermedad, no se somete a ser curado: por ello muere en su pecado, y poco a poco, se desliza de la tibieza a la frialdad total. Probablemente muchos entre nosotros están en esta situación: no son ladrones, adúlteros, fornicadores, homicidas, entregados a las borracheras o a la incontinencia: no se han manchado con estos graves crímenes; ¡también aquel fariseo, que volvió a casa condenado, estaba libre de tales culpas! (cfr. Luc. 18, 11 ss.) Pero ¿dónde está el progreso en la virtud? ¿cuál es su avance en el camino del Señor? y ¿el fervor en la caridad, la piedad en la práctica religiosa, la constancia en las obras? ¿Qué luz deriva de una vida ejemplar, qué majestad sacerdotal en las palabras, cuánta atención en la recitación del oficio divino?

¡De esto no hay nunca! ¡de las otras cosas no hay nada! El Espíritu Santo añade: «*Tú dices: Soy rico, me he enriquecido: no tengo necesidad de nada. Pero no sabes que eres un infeliz, un miserable, un pobre, ciego y desnudo*» (Ap. 3, 17). Hermanos, estas palabras se refieren a nosotros, y golpean sobre todo a aquellos que, considerando haber progresado ya suficientemente, se han sentado despreocupándose de mejorar más. «*Infelices, miserables, ciegos y desnudos*» que se consideran ricos, y que no tienen necesidad de nada. «*Te aconsejo que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para hacerte rico*» (Ap. 3, 18) añade el Señor. ¡Consejo verdaderamente santo, divino, paternal! Se nos aconseja que compremos oro, no cualquier cosa que parezca como tal, no el parecer externo; oro –digo– acrisolado. Este oro no es otro que la perfecta caridad en las intenciones y en las obras; buscar la gloria de Dios siempre en todas las cosas, después de haber dejado de lado todo el resto; dirigir a este fin toda intención y toda acción, cuando se cantan los salmos, o se reza o dedicados a la predicación; cuando se está con Dios o con el prójimo; en la casa o en la Iglesia. Quien tenga siempre delante de sí este propósito se hará rico: si recita los salmos, lo hace con atención; si reza, con fervor; si está en la presencia de Dios, obtendrá todo lo que haya pedido; si con su prójimo, sabrá persuadirlo sobre cada cosa que se proponga; cuando permanezca en casa, gozará de seguridad y alegría de ánimo; cuando esté en la iglesia le parecerá estar en un paraíso de delicias. Esta buena intención en todo comportamiento y misión sacerdotal produce muchos frutos saludables; en efecto «*si tu ojo está claro, todo tu cuerpo estará en la luz*» (Mt. 6, 22).

Como hemos ya hablado de la atención que hay que prestar al recitar los salmos –atención que es extremadamente necesaria en todos los ministerios y funciones sagradas– acordáos de esta sola cosa, hermanos: nada agrada a Dios en vuestros oficios y en vuestras salmodias si no está presente la atención del corazón y si ésta no los acompaña. Escuchad qué diría el Señor a los sacerdotes

por medio de Malaquías: *«Maldito el engañoso que tiene en el rebaño un macho, me lo promete y después me sacrifica un animal defectuoso. Porque yo soy un rey grande, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es terrible entre las naciones»* (Mal. 1, 14). Y poco antes: *«Si ofrecéis un animal ciego ¿no es acaso un mal? Cuando ofrecéis un animal cojo ¿no es acaso un mal? Ofrecedlo a vuestro gobernador: ¿creeis acaso que lo aceptará y que estará contento con él? dice el Señor de los ejércitos»* (Mal. 1, 8). ¿Sabéis quiénes son los que ofrecen al Señor cosas defectuosas? Los que le tributan sólo un culto exterior; los que participan en la recitación de los salmos sólo con los labios y la voz; están presentes en la iglesia con el cuerpo, pero con el alma vagan por las plazas y por los lugares de reunión; cantan con la boca las alabanzas divinas y pasan revista en la mente a sus asuntos mundanos y seculares. ¿El cuerpo no es acaso más frágil que el alma? ¿y nuestra realidad mortal que el espíritu? ¿Por qué pues algunos ofrecen al Señor las cosas de menor valor que no se atreverían a ofrecer ni siquiera a los hombres? Que estos teman la ira de Dios, porque Él es un rey grande y su nombre es terrible entre las naciones. Ninguno puede añadir nada a su honor; no tolerará que alguien lo engañe, o lo prefiera a cualquier otro, o lo posponga impunemente a otros. ¿Acaso no es ofrecer a Dios las sobras, cuando un sacerdote está ocupado en asuntos mundanos para los que tiene ya todo programado, mientras participa sólo de modo superficial en los deberes eclesiásticos? ¿Acaso no los considera más importantes, mientras que estos últimos son para él sólo una tarea formal? Propio de los sacerdotes es estar presentes en la iglesia, cantar salmos a Dios, orar, estudiar; todo lo demás no es de su incumbencia. Hasta que este precepto no esté profundamente grabado en vuestro corazón, todo os parecerá fatigoso, el oficio demasiado largo, el coro fastidioso, la misma iglesia os parecerá un infierno. Salmodiando con la boca, mientras el corazón está ocupado en controversias, en preocupaciones familiares, en los padres o en otros

problemas de este tipo ¿no les dedicamos a ellos acaso nuestro corazón, que es la parte más noble del hombre? ¿No estamos dando a Dios la parte menos importante: la boca y el cuerpo?

¡Temed, temed, hermanos, porque Dios es un rey grande! Él ve desde lejos y su vara alcanza cualquier punto; defenderá su honor, cuando menos lo penséis, e infligir el justo castigo. No es como un hombre que olvida fácilmente los males sufridos. Vivid en el temor de Dios, para que no se diga con justa razón de vosotros: «*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*» (Mt. 15, 8). Cuando oréis junto con la lengua, que también ore el corazón, que vuestro espíritu cante salmos junto con los labios, y estéis atentos a lo que decís durante la oración. Hay un pequeño tratado, que tiene por título «*Tesoro de las pías instituciones cristianas*», recientemente publicado en Varona bajo nuestros auspicios; contiene muchas cosas de gran interés para vuestra condición, sobre todo cómo se puede pecar durante la recitación de los salmos y enseña claramente cómo, en cambio, se debe recitar los salmos. Os exhorto a que cada uno de vosotros lo tenga y lo lea frecuentemente.

Tratemos ahora de encontrar las causas de esta enfermedad, cómo los sacerdotes durante la recitación coral, no están atentos, mientras están salmodiando; por qué motivo tienen la mente ocupada en sus asuntos privados y familiares. Las distracciones de la mente derivan ciertamente del hecho de no tener la debida disposición y de dirigirse a su oficio sin haber preparado mínimamente su ánimo. Llegan a las escaleras del coro conversando sobre asuntos terrenos y consideran que, apenas lo quieran, pueden tener su mente rápidamente concentrada en Dios y poder obtener de Él con facilidad todo lo que toca al culto y a la vida religiosa. Estos ciertamente tientan a Dios y son semejantes a aquellos que le piden inútilmente y con temeridad milagros. El Sabio advierte con mucha sabiduría: «*Antes de la oración, prepara tu alma, no hagas como un hombre que tienta al Señor*» (Eclo. 18, 23).

Con esta función se han creado las sacristías en las iglesias: allí los sacerdotes y los canónigos han solido reunirse antes de ir al coro: pensando en lo que se dirigen a hacer, se dispondrán para salmodiar bien. Si alguien estuviera a punto de tratar con un rey o con el Sumo Pontífice, ¿no meditaría antes con cuidado sobre lo que debería decir, para no hacer afirmaciones desconsideradas ante una personalidad tan elevada, para no verse obligado a enrojecer y ser apartado de su presencia? Así pues, si ponemos en práctica tantas precauciones cuando debemos hablar con personas humanas y meditamos con antelación las cosas que vamos a decir ¿no deberemos acaso hacer otro tanto, y con anticipación, cuando nos disponemos a hablar con Dios? En cambio, desgraciadamente, nosotros, con sumo dolor nuestro trastornamos por completo el orden de todas estas cosas: en las sacristías los hombres no se recogen para prepararse a rezar, no se preparan para el coloquio con Dios; más bien se entretienen con conversaciones vulgares, frívolas y mundanas. El solo nombre «sacristía» debería generar en nosotros el máximo respeto y apartarnos de todas estas cosas. ¡Es un lugar sagrado, un lugar de oración, un lugar de silencio! Y, sin embargo, es destinado a intercambiar charlas generalmente inútiles, cuando no contrarias a ello. Allí se trata más de asuntos que de la oración, y no hay nada que se respete menos que el silencio: este lugar de silencio se hace, cada vez más, una plaza para las risas, las peleas, los contratos de asuntos mundanos. A la puerta de la sacristía y, con carteles hechos expresamente, como prescrito por las constituciones de los concilios y las visitas apostólicas, sobre las paredes, por todas partes está escrito con grandes letras: SILENCIO; desgraciadamente el silencio parece estar prohibido. En el pectoral del Sumo Pontífice estaba escrito: «*Doctrina y Verdad*»: indicaba que al conocimiento de la fe y a la predicación debían corresponder las acciones convenientes, de modo que se realizase lo que se decía y se predicaba. Aquel «silencio» que está allí escrito es equivalente a la doctrina: esta palabra nos enseña que en ese lu-

gar hay que guardar silencio, estar disponibles sólo para Dios, dejar de lado cualquier preocupación mundana. ¡Ahí está la enseñanza! Pero ¿dónde está la verdad? Véis pues qué alejados estáis de lo que vuestro ministerio os exige, qué semejantes sois a los hipócritas, porque no practicáis lo que enseñáis.

Pero ¿por qué hablar sólo de la sacristía? Hasta a veces en el mismo coro se entrelazan las alabanzas divinas con conversaciones profanas y así se llega a una nueva confusión de las lenguas que ofende no poco a Dios. ¿Quién, teniendo en cuenta la importancia de su interlocutor, le daría la espalda o, durante la conversación con él, se pondría a hablar con otros? Que estén bien atentos los Apuntadores, quienes tienen el encargo de cumplir su misión: deben rendir cuenta minuciosamente a Dios. Han sido establecidos como censores con este encargo: con su cuidado y diligencia, reprendiendo a los que se equivocan, que quiten al menos estos defectos externos, dado que la distracción mental es sólo conocida por Dios. Esta, creedme, no es poca cosa: la reprensión, la corrección y el castigo de Dios es bien distinto del de los hombres. Aunque, para decir la verdad, la actitud externa sea indicio de lo que está oculto en el interior de la persona. Un frasco puede despedir sólo el perfume de lo que contiene y *«la boca habla de la plenitud del corazón»* (Mt. 12, 34); la descompostura exterior es señal manifiesta de un ánimo agitado y distraído. Escuchad lo que dice el Espíritu Santo de estas actitudes exteriores: *«El vestido de un hombre, la boca sonriente, y su andar revelan lo que es»* (Eclo. 19, 27); es decir manifiestan el estado interior del sujeto. Nuestro beatísimo padre Ambrosio tenía en gran consideración los gestos exteriores y los movimientos del cuerpo; es necesario por eso que os refiera algunas de sus palabras tomadas del primer libro de los «Deberes de los Ministros». Se refieren, en efecto, a la oración y la disposición interior para ella: «También Pablo ordena que presentemos nuestras oraciones con pudor y sobriedad. Quiere que ésta sea la primera cosa y la que precede a la oración

que se va a hacer, para que el pecador en su oración no se excite, sino que ella como teñida del color del pudor, cuanto más se enrojece por la culpa cometida, tanto más merezca abundante gracia. Se debe observar el pudor en toda acción, en todo gesto, en todo paso. En efecto la índole del ánimo se revela en la actitud de la persona: en ello se ve el ánimo oculto en nuestro corazón, y se deduce si es ligero, o ufano, o excitado; o también si es bastante serio, constante, puro, juicioso; de tal manera que cada movimiento de la persona es como una voz que parte del ánimo. Acordáos, hijos míos, que cierto amigo vuestro, que parecía digno de alabanza por sus deberes cuidadosamente cumplidos, no fue admitido por mí a formar parte del clero, porque su modo de actuar era bastante impropio; otro que ya formaba parte del clero recibió una orden mía de no precederme nunca, porque su caminar petulante flagelaba, por así decirlo, mis ojos. Esto se lo dije, cuando, después del escándalo que me había hecho, fue restaurado a su cargo. Observé este solo indicio, pero no me engañé; en efecto el uno y el otro desertaron de la Iglesia; de manera que tal como se habían mostrado en el andar, así se mostraron en la perfidia de ánimo. Uno abandonó la Iglesia en el tiempo de la herejía epidémica de Arrio; el otro, por ambición de dinero, para no verse abocado al juicio sacerdotal, declaró que no era de los nuestros. Su modo de andar era una clara imagen de su ligereza, como de figuras bufonescas que van saltando de acá allá» (S. Ambrosio, *De officiis ministrorum*, XVIII; n. 70-71-72).

De estas cosas vosotros podéis comprender fácilmente con cuánto cuidado se debe evitar el desaliño del cuerpo.

¡Que nunca sucedan estas cosas entre los sacerdotes, para que no se apague tampoco entre el pueblo todo el sentido de devoción, de piedad y de religiosidad! La gente más débil en la fe, al ver tales ejemplos, acaba por despreciar, poco a poco, las cosas de Dios. Así pues aquellos que tienen la buena costumbre de la interioridad con su ánimo y su corazón, también cuando no están en el coro,

más fácilmente son capaces de interioridad cuando están en el coro; y aquellos que aunque lejos de la iglesia, no suelen mantener conversaciones vanas, cuando se encuentran en ella saben presentarse ante los ojos con el decoro y la majestad de la fe. Todo esto revertirá en provecho vuestro, si observáis con constancia lo que otras veces os he recomendado hacer: que, de vez en cuando, vosotros, sacerdotes y canónigos de cualquier iglesia, os reunáis y tratéis juntos de las cosas que se refieren al espíritu. Crecer vuestra recíproca y mutua caridad, tendréis cada día nuevo estímulo para la devoción y con vuestro ejemplo moveréis a vuestro pueblo hacia una fe más profunda. En cambio, si dejáis de hacer esto, necesariamente vuestro fervor acabará por entibiarse y crecerá excesivamente la negligencia para el culto divino. Precisamente por este motivo muchos están tan poco atentos a los Sagrados Misterios; no tienen consideración para con las cosas de Dios como si no se tratase de realidades confiadas a ellos bajo grave responsabilidad.

No se puede pensar en nada peor que esta negligencia: ocasiona un daño tan grande a Dios, que le hace afirmar, por boca del Profeta: *«Ahora os advierto a vosotros, sacerdotes: Si no me escucháis y no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, dice el Señor de los ejércitos, enviaré sobre vosotros la maldición, y cambiaré por maldiciones vuestras bendiciones. Ya las he maldecido porque ninguno de entre vosotros actúa de corazón»* (Mal. 2, 1-2). ¿Hay que extrañarse si sacerdotes de este tipo no se toman de corazón lo que se refiere a su ministerio? ¿Si se han convertido, como se dice en otro pasaje, *«como en una paloma ingenua, privada de inteligencia»*? (Os. 7, 11). Por esto David nos exhorta frecuentemente a *«cantar himnos con arte»* (Sal. 47, 8), para que los sentimientos estén de acuerdo con las palabras y tratemos las cosas de Dios con todo el afecto de nuestro corazón. ¡Debería ser fuente de vergüenza, hermanos, vernos separados de la gente común, distintos de sus ropas y atuendos, estar como coronados, haber dicho, cuando hemos recibido las

primeras Ordenes, «*el Señor es mi parte de heredad*» (Sal. 16, 5), destacarnos tanto en dignidad sobre los otros... y sin embargo no ser diferentes del pueblo en nuestra vida y comportamiento! Ser «*estirpe elegida, sacerdocio real, nación santa*» (1 Pe. 2, 9), mientras que cuando es considerada la vida de los sacerdotes, se debe afirmar: «*¿Sucederá lo mismo al pueblo que al sacerdote?*» (Is. 24, 2) Es necesario reprocharos también cuando os contentáis con poseer el mismo grado de virtud que la gente de vuestro pueblo, cuando estimáis que es suficiente ser como los más santos y los más perfectos entre ellos. ¿Cómo no deberíais llegar a su grado de virtud, no conseguir igualarlos en la religiosidad, en el amor a Dios y en los devotos afectos? ¡No tenemos ninguna excusa! No podemos decir, como cualquier otro: Soy un hombre frágil como todos, débil, enfermo. Si en efecto por una parte eres un hombre como los demás, sin embargo te diferencias en que has recibido un carácter indeleble. El Señor justo, que te ha elevado a esta dignidad, te ha dado ayudas suficientes para poder desarrollar de modo satisfactorio tu misión. Nadie puede poner en duda la verdad de esto: no creerlo con seguridad sería acusar a Dios de injusticia.

Que cada uno de vosotros, hoy, tenga como primera tarea que cumplir diligentemente el sopesar lo que es debido a Dios, todo lo que de Él ha recibido. Después que piense cuál debe ser la respuesta que debe darle. El modo justo de satisfacerlo. ¿Cuántas ocasiones fáciles para el estudio me han sido ofrecidas, como ningún otro podría pedir más en ninguna otra ciudad, excepto en Roma, que es la madre de todas las ciudades? Así pues si descuido el estudio –podrá decir alguno– ¿quién no me echará en cara mi culpa? He sido colocado en una situación de elevada dignidad, «*nos hemos convertido en espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres*» (I Cor. 4, 9); ¿con qué criterios deberé pues orientar mi vida y mi comportamiento? Mis defectos, mis pecados ¿no son acaso vergonzosos como las manchas en el rostro, que de pronto se

notan y es inútil tratar de ocultar? ¿Por qué no debería servir con todo el corazón a aquel Dios que me ha elevado a tal grado de nobleza? ¿Por qué no debería apresurarme hacia el coro para cantar las alabanzas de Aquel de quien he recibido tantos dones? ¿Por qué me retraso en ocupar mi sitio hasta casi el momento en que el censor me va a dar una nota de desaprobación? ¿Deberé prestar mi servicio a Dios sólo para ganarme el comprobante de asistencia, o para recibir los intereses, y no más bien para Él mismo? Sería una finalidad espuria, incluso horrible de decir: ¡servir a Dios por un interés terreno, envilecer un ministerio tan noble!

Hermanos, junto con Pablo *«os recuerdo que reavivéis el don de Dios que hay en vosotros por la imposición de nuestras manos. En efecto Dios no nos ha dado un Espíritu de temor, sino de fuerza, de amor, de sabiduría»* (2 Rom. 1, 6-7). No realicéis lo que os digo sólo por miedo de los castigos, o *«para ser vistos»* (Ef. 6, 6; cfr. 3, 22); no conviene a vuestro ánimo este temor servil e ignoble, porque habéis recibido un Espíritu de fuerza, de amor, de sabiduría. En verdad de vosotros se pide un alto grado de moderación en el comer, en las palabras, en el porte, en el vestir, en toda la vida, para que viváis de un modo sobrio, justo y piadoso. ¡Y no escandalicéis los ojos que os miran ni con palabras ni por ninguna otra razón!

Las miradas de todos están dirigidas sobre vosotros. Vuestros errores han llevado a las herejías, la mala manera de vivir de los sacerdotes ha conducido a muchos a apostatar de la fe. Nosotros mismos en estos días pasados lo hemos comprobado cuando, durante la visita a los habitantes de la Retia, hemos llegado a tierras de heréticos. Muchos de estos llegan a este punto a escondidas: si notaran en vosotros algo que no es conveniente con vuestro ministerio, al marcharse de Milán, contarían que los sacerdotes milaneses viven de tal modo, actúan así, hablan de esta otra manera, así pues a ellos les estaría permitido actuar mucho peor. Estad bien atentos, por eso, para que *«el nombre de Dios no sea blasfemado por vues-*

*tra causa»* (Rom. 2, 24); hoy estableciendo ante vosotros estos hitos interiores y llorando por estas amarguras, esforzáos para que jamás haya en vosotros, en el futuro, ninguna ocasión de llorar amargamente. Amén.

## **A LOS PARROCOS, A LOS CONFESORES Y A LOS PREDICADORES DEL CLERO SECULAR DE LA CIUDAD DE MILAN**

**Homilía pronunciada en la capilla privada  
del arzobispo  
3 de enero de 1584**

Hermanos queridísimos, no se que hemos hecho en las fiestas que acaban de transcurrir. Probablemente os extrañáis porque he hablado en plural: qué hemos hecho. El motivo sin embargo es evidente: veo aquí reunidos a todos estos reverendos sacerdotes y cada vez que se habla del clero, se menciona automáticamente también al obispo, como aquel que es el primero y está a la cabeza del clero. El modo de vida del clero debe ser también el modo de vida del obispo; el obispo debe formarse a si mismo, así como tiene preocupación de que el clero se haya formado. Hoy pues debo dirigirme a miembros no cualesquiera del clero, sino a los sacerdotes confesores, a los Ministros de la Palabra de Dios, sobre todo a los párrocos y a aquellos que tienen a su cuidado las almas, a aquellos que, por encargo, son directamente nuestros cooperadores y coadjutores en el gobierno de las almas confiadas a nosotros, en los específicos encargos pastorales. ¿Qué podría decir que desearía que primero se me dijera a mí mismo? Vosotros sois partícipes de nuestra ansia pastoral, lleváis el peso de la misma preocupación por las almas, sois compañeros de fátigas: exhortaros a vosotros es exhortarnos a nosotros mismos; vuestras dificultades son las nuestras, vuestro encargo pastoral es el nuestro. Pero al final seréis partícipes también de nuestras ale-

grías, de los frutos y de los premios que con confianza esperamos; porque el Señor Jesús, príncipe de los pastores, los recompensará de todo esto. Por eso, todo lo que tratemos juntos a vosotros, también nos afecta a nosotros.

Os repito: no se de qué hemos hablado en estos días sagrados; no se cómo hemos hecho uso, para encendernos de celo, de esta afortunada ocasión que se nos ha presentado. Ignoro si hemos meditado sobre la figura de los pastores, sus vigiliias nocturnas, el cuidado de los rebaños, las apariciones de los ángeles, el alegre anuncio del nacimiento de Cristo; la prisa de los pastores por dirigirse al pesebre, su alegría, una vez que vieron los signos preanunciados por el ángel; la gloria que rindieron a Dios; la maravilla de la que se llenaron y el estupor común a todos por las novedades anunciadas. Todas estas cosas pueden ser puestas en sintonía con el inicio del nuevo año, de modo pleno y oportuno. Por eso, hoy, nos hemos reunido aquí para renovar dentro de nosotros el fervor y el celo espiritual.

Aquellos pastores son símbolo de los pastores de las almas: observad enseguida, por tanto, lo que es propio de la figura del pastor, porque es también nuestra prerrogativa. Ante todo, su vigilancia, de lo que también hablaremos. Lucas, no contento de haber dicho que *«había en aquella región algunos pastores que velaban»*, añade: *«que hacían guardia de noche a su rebaño»* (Lc. 2, 8); nos muestra su perseverancia en el velar: la noche, en efecto, estaba dividida en cuatro turnos de vela y los pastores los observaban. Por eso el Señor Jesús, hablando de la vigilancia de los pastores del espíritu, se había puesto ante los ojos la misma perseverancia y la señalaba con sus palabras: *«Estad preparados con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas; sed semejantes a aquellos que esperan a su amo de vuelta de las bodas, para abrirle tan pronto como llegue y llame. Felices aquellos siervos a quienes el amo a su vuelta encuentre en vela; en verdad os digo, que se ceñirá y los sentará a la mesa y se pondrá a servirlos. Y, si llegando a la mitad de la noche o antes del*

*amanecer, los encuentra así, ifelices ellos!»* (Luc. 12, 35-36). ¡Cuántas veces el sacerdote comienza a desarrollar su ministerio con cierta diligencia; pero al encontrar un obstáculo, poco a poco se enfría y su diligencia se desvanece! El Señor nos pide que seamos asiduos en las buenas obras, constantes en el velar: «*aquellos pastores hacían guardia de noche*». Pero hay una cosa que el Evangelista añade y que nos interesa particularmente. En efecto añade: «*Hacían guardia de noche a su rebaño*». Nos hace comprender que los pastores de las almas suelen ser vigilantes, pero con la vigilancia que es grata al Señor, con la que Él exige. Son extremadamente atentos en las cosas materiales, pero en las del espíritu tienen los ojos pesados por el sueño, se apoltronan en el sueño. Hay algún sacerdote que se preocupa con diligencia de los intereses de su ministerio sacerdotal, no quiere perder nada, defiende con maestría los derechos de su iglesia: recupera lo que se había perdido, y se las ingenia para acrecentar cada vez más los ingresos. No hace mal actuando así, porque esto es parte de lo que ha prometido hacer. Pero ¡este no es el camino justo, no es la vigilancia grata a Dios el estar bien vigilante para los intereses materiales y después dormir por la salvación de las almas! Ante todo es necesario ser vigilantes con templanza y sobriedad. Las atenciones preferentes deben ser más por las almas que por las controversias jurídicas; por las cosas del espíritu que por las materiales. Sólo en caso de verdadera necesidad se debe poner en marcha también esta última vigilancia: estas cosas se deben afrontar, cuando uno se ve obligado, no como si fuera el comportamiento normal.

Como hemos llegado a tratar cómo incitarnos mutuamente a la vigilancia y al cumplimiento cuidadoso de nuestros deberes pastorales, querría que hoy nos centráramos en descubrir de qué sueño debemos despertarnos; qué sueño es extremadamente perjudicial para nosotros y para nuestro camino; cómo podemos vencerlo con la máxima diligencia y empeño, puesto que es específico de nuestro encargo y de nuestro ministerio el estar vigilan-

tes. Las Sagradas Escrituras nos recuerdan muchos tipos de sueño espiritual, de modo que no es posible dejar de hablar de ello. El primer sueño es la ignorancia. ¡Oh ignorancia, enemiga de los sacerdotes, qué perjudicial eres para ellos, que inconveniente! El sacerdote tiene en sus manos almas: debe saber distinguir una forma de enfermedad de otra; deber suyo es apacentar el pueblo que le ha sido confiado con su doctrina y su ejemplo, enseñar la Ley de Dios, dar una leche y un alimento sólido, y ofrecer una comida propocionada a cada uno. ¡Cuántos obstáculos a todo esto produce la ignorancia! ¡A qué severo juicio será sometido el sacerdote sin erudición, incapaz de cumplir alguno de sus deberes pastorales! Creedme: ninguno jamás es suficientemente sabio como para llevar dignamente el peso de su ministerio! Si esto es verdad para quien tenga necesidad de saber por si mismo –y también en un modo excelente– ¿qué deberemos decir de aquellos que deben ser sabios para si y para los otros? Dice el Señor, por boca del Profeta: «*Los labios del sacerdote deben guardar la ciencia*» (Mal. 2, 7). A sus sacerdotes el Señor pedía una ciencia tan clara y manifiesta que pudiera ser notada «*en los labios*»; quería que guardaran la comprensión profunda de cada cosa. «*De su boca se busca la instrucción*» (Ibidem), como cosa debida por derecho. Pero aquellos que son ignorantes ¿cómo podrán saldar esta deuda? Querría que meditáseis a menudo sobre esto; debéis tener siempre ante los ojos estas palabras, sopesarlas, meditarlas. Me entristezco no poco de todo esto; y, por otra parte, tengo mucho miedo por vosotros, cuando por una parte veo cuántas posibilidades hay en esta ciudad de ponerse al día; cuando recuerdo cuántos maestros, cursos, lugares de reunión se os ofrecen; mientras que por otra parte constato la negligencia de muchos que se resisten frente a los gestos de benevolencia divina que se les ofrecen, porque consideran que han estudiado ya bastante y que han avanzado mucho en la doctrina. Pablo escribía a Timoteo, que era un obispo erudito y con profundos conocimientos en las cosas sa-

gradas, incitándolo con fuerza para que se dedicase a ello más a fondo: *«Pero tú permanece en lo que has aprendido y te ha sido confiado, considerando de quiénes lo aprendiste y porque desde la infancia conoces las letras sagradas: ellas pueden instruirte para la salvación, que se obtiene por medio de la fe en Jesucristo. Toda la Escritura, en efecto, está inspirada por Dios y es útil para enseñar, convencer, corregir y formar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena»*. (2 Tim. 3, 14-16) Alguno considerará suficiente haber superado el examen para el encargo pastoral, o haber conseguido el sacerdocio que le garantice el alimento cotidiano. En cambio Pablo, a aquel obispo doctísimo, le insiste que debe permanecer firme en la doctrina, aunque más abajo añade: *«desde la infancia conoces las Escrituras»*. ¡Es verdaderamente propio de los sacerdotes dedicarse al estudio y avanzar en ello cada vez más! Este tipo de sueño, el de la ignorancia, debe ser evitado con decisión por nosotros, hermanos. El profeta detestaba este sueño; decía: *«Sus guardianes están todos ciegos, no se dan cuenta de nada»* (Is. 56, 10); y más abajo: *«Los pastores son incapaces de comprender»* (Ibidem, v. 11). Los mismos que se espera que controlen, aquellos que están establecidos como centinelas para prevenir los males que amenazan, los mismos a quienes incumbe la tarea de indicar a los otros el camino, pues bien, éstos mismos están ciegos. ¿Cómo podrán indicar a los otros el camino justo, si ellos mismos lo ignoran? Estos mismos que deben revelar a los otros el sentido de las Escrituras, *«de cuya boca se busca la instrucción»* (Mal. 2, 7), ellos mismos son incapaces de comprender. Que no haya entre vosotros ninguno de ánimo tan vil y mente tan oscurecida que se atreva a decir: He conseguido el sacerdocio; ¿por qué debería emplear más tiempo en estudiar? Hemos aprendido de la experiencia que ha habido algunos que han afrontado el examen y han resultado idóneos, como para ser asignados al cuidado pastoral; ha sucedido que, después de algunos meses o algunos años, se ha considerado oportuno exami-

nar de nuevo su preparación doctrinal: hemos descubier-  
to que sabían menos que cuando afrontaron el primer  
examen, a pesar de que a la preparación demostrada se  
hubiera añadido un largo cuidado de las almas y la prác-  
tica de lo que habían aprendido. Habían predicado a me-  
nudo la Palabra de Dios, habían tenido a menudo mu-  
chas ocasiones de profundizar sus estudios, pero aún dan-  
do como verificadas estas cosas, se vió claramente que  
habían olvidado todo porque, contentos con lo que sa-  
bían, habían dejado de estudiar. ¡Almas innobles y mez-  
quinas! Es evidente que cuando estudiaban, no lo hacían  
por amor a la ciencia o para crecer en la virtud, sino sólo  
mecánicamente, para conseguir el sacerdocio. No queráis,  
amadísimos, perder las ocasiones que Dios os ofrece a  
causa del ocio: no os mostréis ingratos hacia la clemencia  
de Dios. Mostrad con hechos la pureza y la grandeza de  
vuestro ánimo; que deseéis gozar de lo que es virtuoso y  
avanzar en la doctrina. Isaías nos muestra otro sueño lle-  
no de peligros. *«Son todos perros mudos, incapaces de la-  
drar; soñadores, se acuestan, son amigos de dormir»* (Is.  
56, 10). Se abandonan a sueños fútiles y se gozan de tales  
vanidades. En otro lugar el profeta muestra claramente  
quiénes son aquellos que duermen este sueño: *«Sucederá  
como cuando un hambriento sueña con comer, pero se  
despierta con el estómago vacío; como cuando un sedien-  
to sueña con beber, pero se despierta cansado y con la  
garganta seca; así sucederá a la multitud de todas las na-  
ciones que marchan contra el monte de Sión»* (Is. 29, 8).  
¿Sabéis vosotros, sacerdotes, quiénes son los que duermen  
y sueñan de este modo? Son aquellos que tienen su cora-  
zón inmerso en las cosas del mundo, aquellos que no se  
proponen otra cosa sino acrecentar sus riquezas, enrique-  
cer a sus padres, prever para su propia vejez. ¡Desgracia-  
dos! ¿Cuál será su fin? La muerte llega de improviso y  
*«dejarán a otros sus riquezas. El sepulcro será su casa  
para siempre»* (Sal. 49, 11-12). ¡Realidad miserable hasta  
más no poder! El Eclesiastés parece describir verdadera-  
mente sacerdotes de esta naturaleza: *«Además he consi-*